



CHARLES DICKENS

*Dickens edificó su obra a partir de una revancha: la del niño desdichado que se venga de su infancia. Después de disfrutar de una posición más o menos privilegiada, Dickens y su familia se vieron arrastrados a la miseria, y a él no le quedó más remedio que ponerse a trabajar en las más duras y humillantes condiciones. Para vengarse de estos fantasmas, para conjurar terrores y para sentirse querido, Dickens escribió algunas de sus novelas más emocionantes y, entre sus personajes, los huérfanos, paradigma del niño desgraciado, son su material más frecuente y querido.*

# Los huérfanos de Dickens

por Juan Tébar\*



Fotografía de la época de un niño abandonado en las calles de Londres.

**Y**o pienso en Dickens casi todos los días, a veces incluso sin venir a cuento.

Dickens es una fijación de mi vida, y, como casi todas las fijaciones, viene de mi infancia. Yo no era huérfano, tenía un padre al que adoraba, y fue él quien me habló de Dickens por primera vez. Él me contó, entre otras cosas, que cuando consiguió un ejemplar de *Oliver Twist*, en su infancia, se encerró en su cuarto, y lo leyó esa misma noche de un tirón, sin dormir. Pero mi padre murió pronto, y yo me sentí enseguida uno de esos huérfanos de los que vamos a hablar en estas páginas. Dickens había quedado indisolublemente unido a mí. Londres, la Navidad, los niños desgraciados, la burocracia (no menos característica de la pluma satírica de Dickens que de la visión onírica de Kafka), el buen humor, algunos terrores, todas las cosas que bien pueden llamarse *dickensianas* —y son muchas, creed a uno de sus lectores asiduos— forman parte importante del paisaje de mi memoria y de mi vida.

Hay novelas (pocas, muy pocas) de Dickens que no he leído todavía. La mayoría de las veces que me he preguntado por qué, me di varias respuestas, entre ellas la de que no existen buenas ediciones manejables y bien traducidas de esos libros. Es cierto que se han publicado en castellano muchas veces algunas novelas de Dickens, generalmente las mismas, las más famosas, pero todavía quedan por aparecer en castellano (fuera de la edición de *Obras Completas* de Aguilar, hoy por desgracia, ya agotada), unas cuantas, entre ellas las que algunos consideran mejores, y que son, precisamente, las menos conocidas.

Es cierto, pues, que el escaparate editorial español carece de una oferta completa de ediciones sueltas, accesibles y bien traducidas, de muchas novelas de Charles Dickens. Pero la verdadera razón por la que aún conservo en mi biblioteca algunas que no



Caricatura de Dickens, 1861.

he leído es otra. Soy de los privilegiados que posee los seis tomos ya inencontrables de Aguilar. El verdadero motivo consiste en la espera de un placer voluntariamente aplazado. Quiero que aún me quede Dickens por descubrir. Ahora, justamente en los días en que escribo este artículo, me he decidido a penetrar finalmente en una de sus obras más prestigiosas, según los buenos conocedores: *Nuestro común amigo*, su penúltima novela, y la última que publicó completa. *El misterio de Edwin Drood*, la siguiente, se quedó interrumpida por su muerte. Dado que en *Nuestro común amigo* hay referencias suficientemente sabrosas a los huérfanos —aunque no lo sean sus protagonistas, como en otras

obras de Dickens—, también hablaremos en su momento del libro que hoy me acompaña. Y vamos a dejar ya las referencias subjetivas a mi romance personal con el autor, si es que soy capaz de conseguirlo.

Julien Green dijo a propósito de nuestro escritor que hay en él «un muchacho de lo más inquietante...». Y añade que en sus melodramas bien intencionados, que exigen la justicia y exaltan los buenos sentimientos, late la sombra fundamental de «un terror». Es la ambivalencia de un novelista que utiliza por igual en sus obras la dulzura y las tinieblas. Dickens es un moralista, un escritor humorístico y también un autor sórdido y misterioso. Conoce un mundo tenebroso



Fábrica de betún, en la que Dickens trabajó de niño.

y cruel contra el que lucha con las armas de la sátira y la bondad. Todo viene, claro, de la niñez. De la suya en este caso. Dickens edificó su obra a partir de una revancha. La del niño desdichado que se venga de su infancia.

## La cárcel y la betunería

¿De qué lugares y personajes de su infancia se quiso vengar principalmente Charles Dickens?

Que trabajó de pequeño en una betunería, como *Oliver Twist* en una funeraria, que su padre pasó una temporada en la cárcel de deudores, ese infamante lugar que aparece en *Pickwick*, en *David Copperfield* y en *La*

*Pequeña Dorrit*, es suficientemente conocido. Pero, ¿por qué le marcó tan fuertemente? ¿Por qué dedicó su talento y su imaginación a lo largo de toda su vida y su obra a conjurar el fantasma de esos recuerdos?

Uno de sus amigos, que luego escribió su biografía, nos cuenta que el escritor, a punto de morir, recuerda la fecha y el lugar de aquel episodio de la betunería como una pesadilla nunca extirpada de su memoria. Fue en 1824, con 12 años, y en la zona suburbana de Warren, adonde tuvo que trasladarse para subsistir, mientras el resto de la familia se instaló en la cárcel de Marshalsea.

Un inciso sobre esa cárcel peculiar e inolvidable también para nuestro autor: esta especie de hotel-prisión

para deudores existió hasta 1927. Marshalsea acogía también a los parientes del deudor que no podían ganarse la vida. La mejor descripción física del edificio se encuentra en el capítulo sexto de *La pequeña Dorrit*, escrita en 1857, lo que nos da prueba suficiente de la herida que persistía en la memoria de Dickens, treinta y tres años después. Por si acaso había olvidado algo, el escritor volvió a visitarla para refrescar horrores a la hora de retratarla en la citada novela. Allí se encontró a un muchacho de la edad aproximada que Dickens tendría cuando su padre fue inquilino de la prisión. El muchacho se ofrece para explicar lo que Dickens bien sabía, a cambio de una propina. Los fantasmas se le agigantaron.

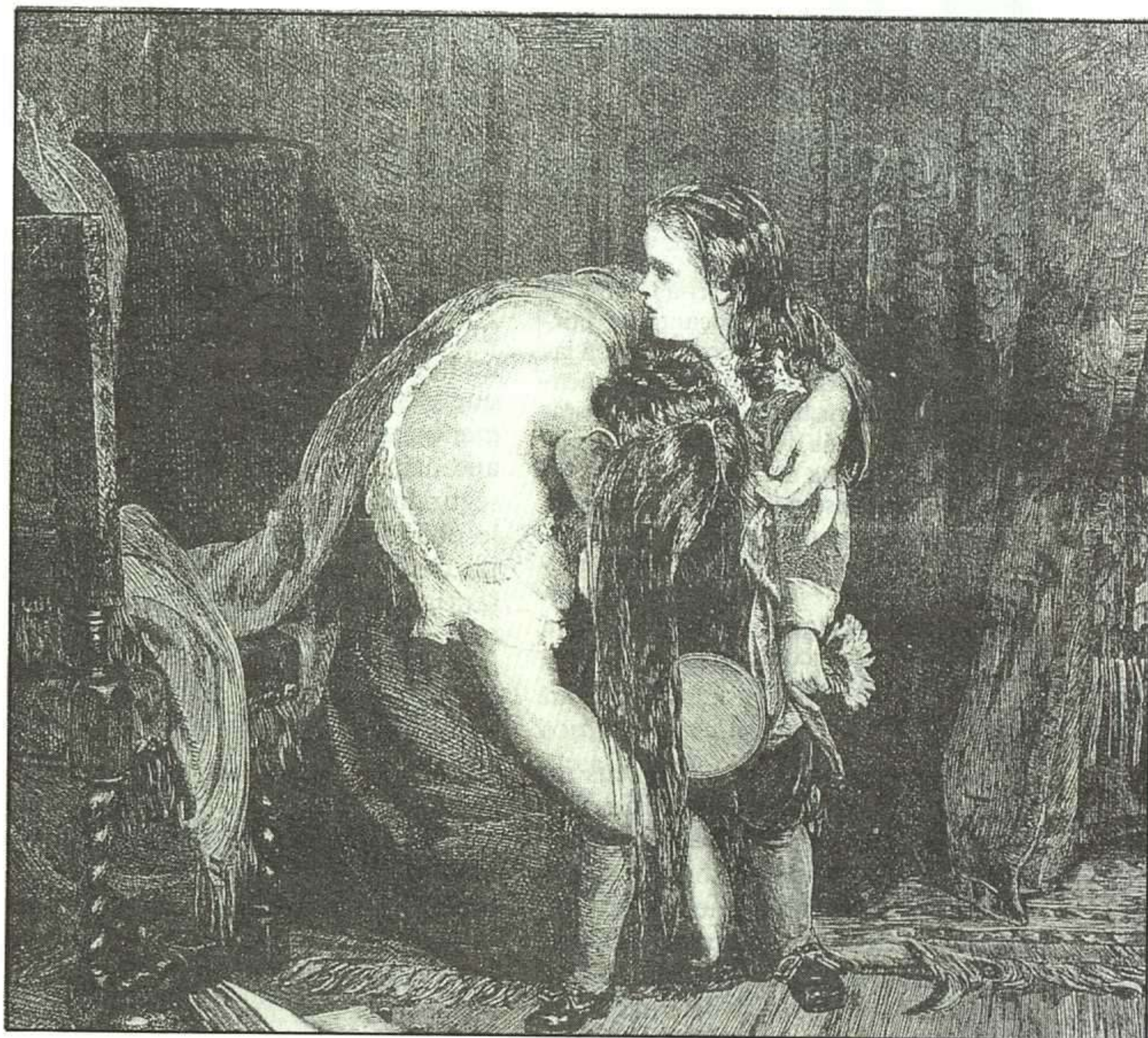
Volvemos a la betunería, y a su quizá desorbitada huella en la vida y la obra de nuestro escritor. Uno de sus biógrafos, L.K. Webb, se pregunta: «[...] ¿no es sorprendente descubrir que todo este desagradable episodio duró sólo cuatro meses del año 1824?».

William Somerset Maugham, el famoso escritor inglés, opina que se ha dado excesiva importancia a este episodio de la infancia de Dickens. Priestley, otro célebre autor que se interesó por la obra y la vida de Ch.D., dice, al contrario, que «[...] los críticos que restan importancia a este episodio no se han visto ellos privados, a los doce años, de asistir a la escuela por tener que trabajar en una fábrica de betún. Olvidan que aquel niño se sentía absolutamente desesperado». Y olvidan también que aquel trabajo se desarrollaba en un escaparate. Había que limpiar botas y envasar betunes a la vista del público. A Dickens no le importaría en lo sucesivo ofrecer a un público muchísimo más amplio sus sentimientos y sus recuerdos, incluso leerlos en alto, satisfaciendo también su vocación de actor. Pero en estos casos, era el autor quien se mostraba, no el personaje real, el niño humillado, y los fantasmas estaban disfrazados de literatura.

En cualquier caso, opiniones de ensayistas aparte, Dickens no olvidó nunca aquello. Esto es lo que escribió sobre el particular:

«Ninguna obra mía alcanza a expresar la secreta agonía de mi alma cuando me vi entre esa gente tan distinta de los compañeros de mis primeros años felices, y sentí que mis esperanzas de llegar a ser un hombre culto y distinguido se venían abajo... Mi naturaleza toda estaba tan conturbada por el dolor y la humillación, que, aún ahora, famoso y halagado, a menudo olvido en mis sueños que tengo una esposa y unos hijos, incluso que no soy un niño, y retorno desolado a aquella época de mi vida...»

André Maurois viene a explicarnos



JAMES SANT. ALMACEN DE ANTIGUEDADES

el dramatismo de sus recuerdos infantiles:

«Lo que da a su infancia un sello tan dramático es, precisamente, el hecho de que siendo un burgués, siéndolo profundamente, con arrogancia, se encuentra desde sus primeros años arrancado por la miseria de su clase y empujado hacia el pueblo...»

Para vengarse de estos fantasmas, para conciliar su carácter de eterno desclasado, devolviendo al pueblo la deuda por su temor a haberse quedado en su miseria, y echar en cara a la burguesía su hipócrita actitud y las barreras sociales con que se defienden; para conjurar terrores, pues, y para sentirse querido, es por lo que Charles Dickens escribió algunas de

las novelas más emocionantes de su época.

Entre los muchos tipos de sus personajes, que no dejan de estar extraídos de la más sangrante realidad, por más que su estilo literario los construya idealizados o en forma de caricaturas, los huérfanos, paradigma del niño desgraciado, son su material humano más frecuente y más querido.

### La familia

Él no fue huérfano. Tenía padre y madre, pero sus relaciones con ambos fueron de inseguridad y desconsuelo. A su madre le importó siempre más la educación de su hija que el futuro intelectual de Charles. Véase, sobre

todo, en *La pequeña Dorrit*, el trato diferente que reciben a ese respecto la protagonista y su hermana. Por lo que se refiere a su padre, acudamos nuevamente a André Maurois, que sitúa a los dos progenitores con palabras suficientemente claras:

«[...] su padre era un ser a la vez embelesador y temible. Encantador porque era alegre, porque contaba bien las historias, porque recibía amablemente a sus amigos; temible porque gastaba siempre más de lo que ganaba y se hundía con una curiosa mezcla de indiferencia, desesperación y ligereza en un océano de deudas.

Su madre parece que fue un ser mediocre, una de esas mujeres cuyos pensamientos ruidosos y vanos vuelan en todos sentidos como zánganos alocados. Su hijo no tardó en juzgarla severamente.»

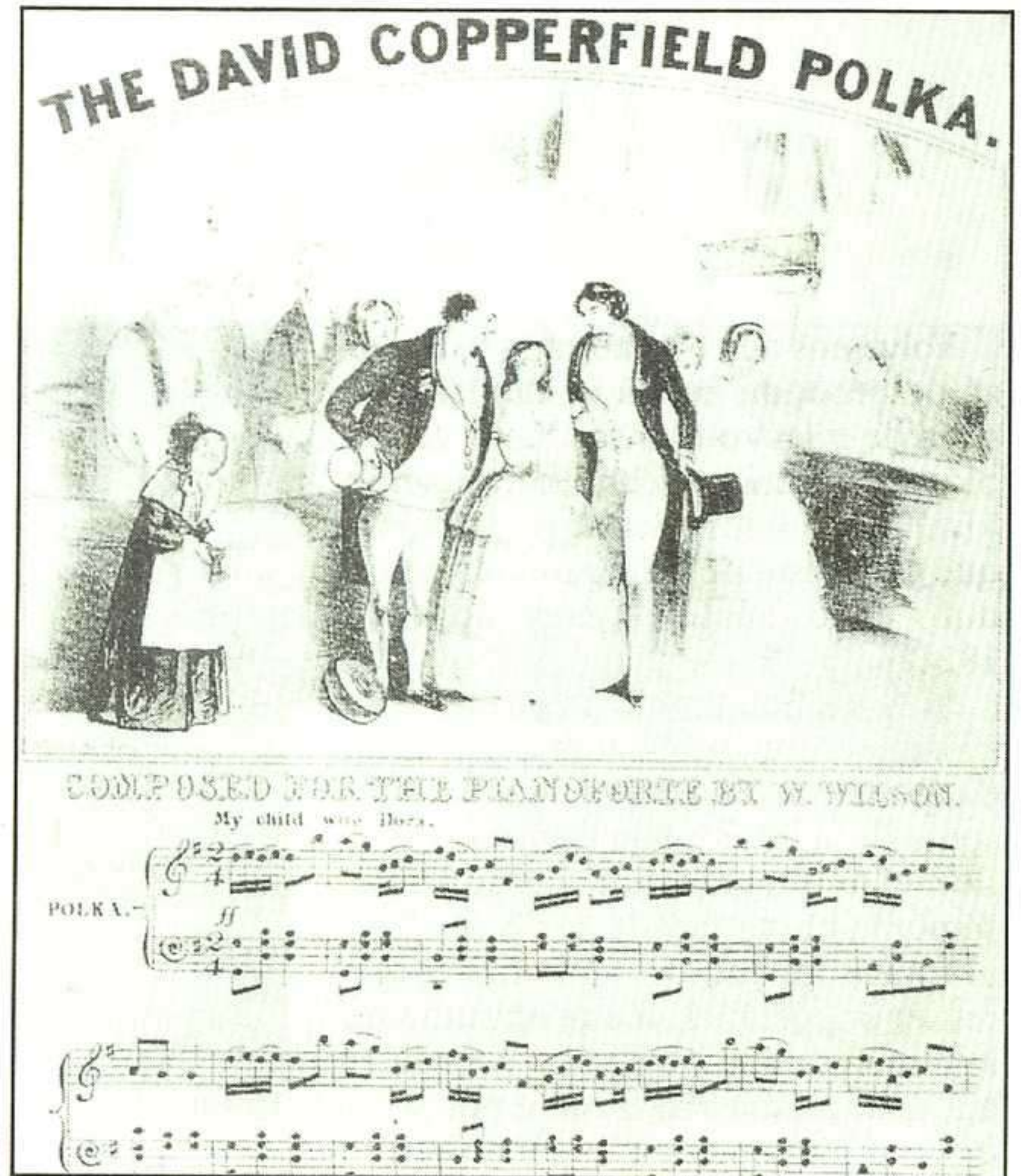
Quienes hayan leído a Dickens no encontrarán demasiada dificultad para reconocer al padre «embelesador y temible» en varios personajes de sus novelas. Fundamentalmente, en Mr. Micawber de *David Copperfield* y en William Dorrit de *La pequeña Dorrit*. La madre aparece bajo la imagen de

casi todas las damas irracionales e inconscientes del mal que provocan en múltiples familias de la obra de Charles Dickens. Hemos visto que nuestro autor no fue exactamente un huérfano, pero que sí lo fue sentimentalmente. La ausencia de una seguridad paternal le obligó a trabajar desde niño y a sentirse más protector de su padre que protegido por él. Este tipo de personaje infantil abunda también en las obras que escribió: los niños que no son huérfanos exactamente suelen dedicar su vida al sacrificio de cuidar a sus padres. O a sus abuelos, si el padre les falta. Véanse la pequeña Nell de *Almacén de antigüedades*; Amy Dorrit, o Lisa Hexam, la hija de Gaffer el «caza cadáveres» del Támesis, en *Nuestro común amigo*, por no eternizarnos buscando otros muchos ejemplos.

## La búsqueda del huérfano

En cualquier novela de Dickens surgirá un huérfano, si buscamos bien. En el caso de que no lo sean los protagonistas, aparecen por la calle, barriendo o haciendo recados, o pidiendo limosna, o robando. Prácticamente siempre hay filántropos que buscan huérfanos para rescatarlos de la desgracia, o perversas criaturas que quie-

ren aprovecharse de ellos para sus malvadísimos fines. En *Nuestro común amigo*, por ejemplo, como decíamos al principio, la referencia a los huérfanos es muy destacada, aunque sus principales personajes no lo sean (a no ser que consideremos como tal al hijo del Rey de las Basuras): la señora Boffin, personaje angelical (los de Dickens suelen dividirse, generalmente, entre los angelicales, los diabólicos y los extravagantes, que pueden también pertenecer a cualquiera de las otras dos divisiones), ha heredado una gran fortuna, y nunca pudo tener hijos. Acaricia ahora el deseo de encontrar un niño huérfano, adoptarlo y «tomar las necesarias disposiciones para su porvenir». Con esa intención, «el señor y la señora Boffin se dedicaron a discutir cuál sería la forma mejor de encontrar un huérfano. La señora Boffin apuntó la idea de poner anuncios en los periódicos, pidiendo que los niños huérfanos que respondiesen a la descripción que allí se daba acudiesen un determinado día al Emparrado [domicilio a la sazón de los herederos Boffin]; pero su esposo receló sabiamente que las carreteras próximas se verían obstruidas por en-



Dickens se inspiró en su sobrino a la hora de crear a Paul Dombey.

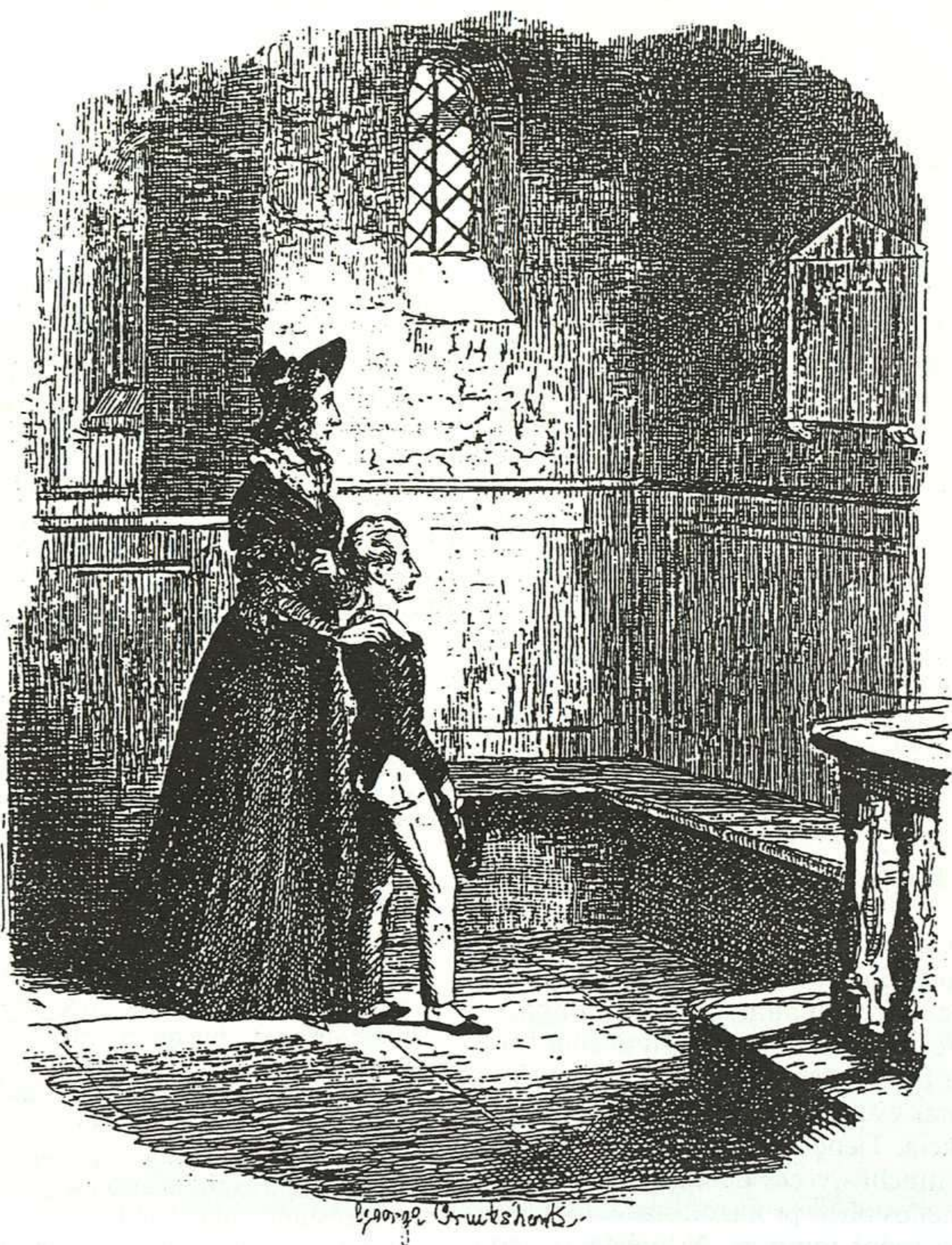
jambres de niños huérfanos, y en su consecuencia renunció a ese recurso. La señora Boffin apuntó a continuación la idea de dirigirse a su párroco para que les proporcionase un huérfano aceptable. Al señor Boffin le pareció mejor este proyecto...».

Huérfanos, como se ve, no faltaban. «Enjambres» podían llegar si no se administraba la búsqueda. Y no todos «acceptables». Porque, por muy angelicales que fueran los Boffin —y os aseguro que lo eran—, no todos los

huerfanitos son recomendables. Hay demasiados, y cuando un artículo abunda, no todos los ejemplares son de buena calidad. Por fin, la bondadosa dama encuentra a su huérfano. Tiene, además, el mismo nombre que ella quería ponerle —Johnny, aunque las viejas traducciones digan «Juanito»—, y ya se encargará nuestra buena señora de librarle de la miseria. Y de la «Casa de caridad», el «Hogar» de los pobres, contra el que Dickens aprovecha esta escena para lanzar una



«Ninguna obra mía alcanza a expresar la secreta agonía de mi alma...» (Dickens).



George Cruikshank

GEORGE CRUIKSHANK, OLIVER TWIST, MADRID: ANAYA, 1990.

de sus ardientes diatribas. En casos así, diríase que el autor se encuentra ante el Parlamento, y no que habla a sus lectores. Incluso se le escapa, al comienzo de alguna frase, decir: «Mis lores y honorables juntas». Es fácil ahora relacionar todo esto con el Hospicio, y entrar por fin en la relación de los huérfanos propiamente dichos en la obra de nuestro querido novelista.

Se puede entender, fácilmente, sólo con las referencias que hemos dado en lo escrito hasta aquí, que nuestro autor sintiera especial predilección por los huérfanos. No creo necesario a estas alturas justificarlo. En un prólogo para la edición de *Oliver Twist* en la colección de Anaya Tus Libros, decía, más o menos:

«En toda su obra hay criaturas que buscan al padre, que se lo inventan, que lo idealizan. Muchachos sin identidad que tienen que reconstruir su pasado [...]. Un novelista actual, John Irving, que ha manifestado muchas veces su admiración por Dickens, sitúa una de sus mejores novelas en un orfanato<sup>1</sup> [...] y en las largas noches de la institución benéfica se lee en voz alta antes de apagar las luces. Novelas de huérfanos: *David Copperfield*, *Grandes esperanzas...* Y *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, otra especialista en huérfanos esforzados...»

Podría detenerme ahora e investi-



Grabado de la época que muestra las atrocidades que sufrían los niños en las fábricas.

gar si hay huérfanos en los llamados «Bocetos» con que Dickens inició su carrera literaria bajo el seudónimo de *Boz*. Seguro que los encontraba. Si entramos en su primera obra —hay quien discute el llamarla novela propiamente, aunque, ¿qué otra cosa podría llamarse mejor que ésa?—, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, es casi seguro que hallaríamos huérfanos más o menos protagónicos. En el *Pickwick* está ya casi todo lo que luego, a lo largo de tantos años y novelas, se desarrollará en la obra de su autor. Pero este artículo no tendría fin si no seleccionamos. Así que vamos a ceñirnos a unos huérfanos elegidos con el criterio de su importancia central en algunas novelas, aquellas que han elegido a un huérfano como héroe de sus argumentos. Y no son pocas.

En 1838, nace *Oliver Twist*, en

aquel hospicio sórdido e inolvidable, la primera mansión desolada de las muchas que Dickens proporcionará a sus personajes. Y el primer aldabonazo al Gobierno y la Sociedad de su país sobre un problema administrativo y de conciencia, relacionado con la infancia.

## El hospiciano

Cuando vino al mundo su primer protagonista infantil y famoso, vivía Dickens en el número 18 de Doughty Street, en Bloomsbury, su primer hogar burgués con el que compensar las duras estrecheces familiares de su infancia. Tiene ahora 25 años. Cambiará muchas veces de casa, dará a luz muchos otros protagonistas infantiles, casi todos famosos. Y huérfanos, en un alto porcentaje.

Éste fue llamado (en traducciones españolas incluso se lo pusieron como título), «el hijo de la parroquia». *Parroquia*, en la novela de Dickens —y en la administración de aquella época—, era un término que designaba al concejo o municipio, pero con significado eclesiástico, dado que Iglesia y Estado no estaban separados en Inglaterra. En cuanto al Hospicio, donde nació «el elemento mortal cuyo nombre encabeza este capítulo» (y titula la novela), aclaremos que era un asilo de régimen carcelario, instituido por la infamante Ley de Pobres (contra la que luchó Dickens sin desmayo) en que se recluía a los indigentes y se les obligaba a trabajar. Pollux Hernández es el responsable de la información, extraída de sus notas a la traducción que hizo de *Oliver* para la colección Tus Libros.

El huérfano que inicia la lista de nuestra selección vino al mundo sin muchas ganas, todo sea dicho, como adivinando lo duros que iban a ser sus primeros años. Su madre agonizaba casi al mismo tiempo que paría a nuestro protagonista, y expiró en cuanto pudo comprobar que finalmente lo había traído al mundo. Así cuenta Dickens el nacimiento de su primer héroe infantil de ficción:

«La verdad es que fue bastante difícil persuadir a Oliver de que se hiciera cargo de respirar —enojoso menester, pero que la costumbre ha hecho necesario para vivir tranquilamente—, y por algún tiempo estuvo jadeando en un colchoncito de borra, desigualmente suspendido entre este mundo y el otro, pero con la balanza decididamente a favor del último. Ahora bien, si durante aquel breve rato Oliver hubiera estado rodeado de abuelitas atentas, tíitas ansiosas, niñeras experimentadas y doctores de profunda sabiduría, segura e inevitablemente que lo habrían matado en un periquete. Pero como no había nadie presente, excepto una vieja pobre, un tanto achispada por una desacostumbrada ración de cerveza, y un cirujano parroquial que hacía tales menesteres por contrato, Oliver y

la Naturaleza se jugaron la partida mano a mano. El resultado fue que, tras algunos esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y empezó a anunciar a los habitantes del hospicio el hecho de que sobre la parroquia caía una nueva carga, y con tan fuerte chillido como lógicamente podía esperarse de un niño que no poseía aquel utilísimo instrumento que es la voz desde hacía más de tres minutos y cuarto.»

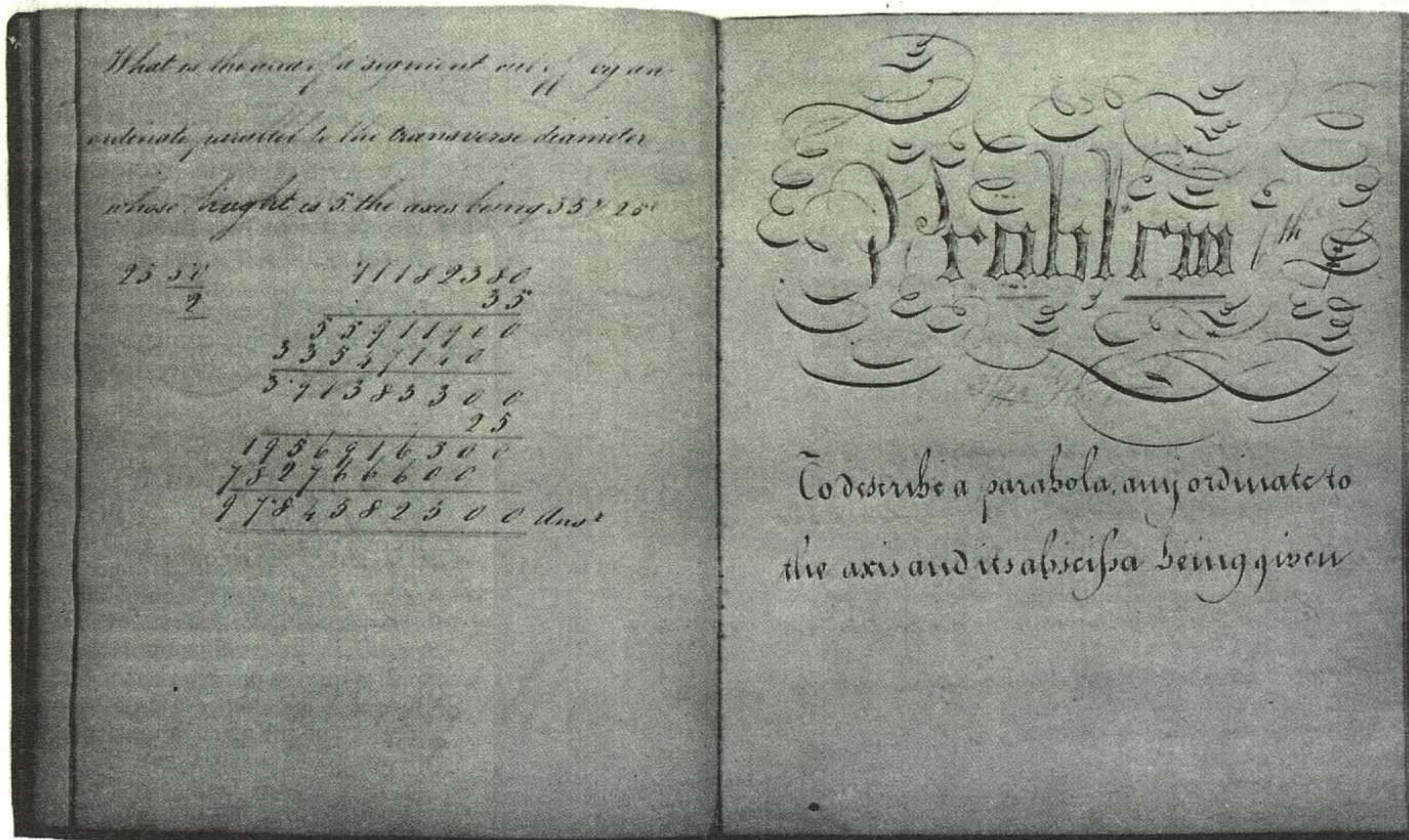
Perfecto ejemplo de los claroscuros dickensianos, humor y sordidez ensamblados para diseñar el duro tejido de la vida. Resulta solemne mi declaración, ¿verdad? Él la hubiera expresado con una broma. Dickens no se ponía pomposo casi nunca. Sólo blando a veces, cuando se trataba del sentimiento, pero las ceremoniosas formalidades eran generalmente paro-

diadas por su gigantesco sentido del humor.

El dibujo antes reproducido del triste y solitario nacimiento de un héroe nada convencional está tratado con su peculiar mirada irónica. Y así nació el primer huérfano, el primer héroe, el primer niño inmortal de los más famosos personajes de Charles Dickens. En el Hospicio de una población que —como Cervantes en el *Quijote*— el autor no quiere nombrar.

Los personajes que viven en ese Hospicio, los que lo regentan, parecen sacados de una pesadilla. Y una pesadilla era aquel lugar, aunque el autor diga, irónicamente, que si «el nacer en un hospicio no es en sí mismo la más afortunada y envidiable circunstancia que pueda acaecer a un ser humano, mantengo que en este

caso particular fue lo mejor que pudo ocurrirle a Oliver Twist...». (Se supone que hubiera sido peor no nacer, dado que al muchacho le esperaba, felizmente, la fortuna al final de la novela.) Tipos como el señor Bumble, celador del Hospicio; los componentes de la Junta; la señora Corney, gobernanta, que luego casó con el tremendo Bumble; y los famélicos y desgraciados hospicianos compañeros de Oliver, componen una auténtica galería de los horrores. Un pórtico suficientemente expresivo de lo que será, a partir de este primer huérfano, la obra de Charles Dickens: sátira, lágrimas y horror. Un curioso cóctel de sonrisas y espanto que constituye la personalidad de tan poderoso escritor. Con Oliver y el Hospicio penetramos en su entrañable y espantoso mundo.



Página de un cuaderno de deberes de un alumno de la escuela en la que Dickens se inspiró para crear el colegio Dotheboys Hall en su novela Nicholas Nickleby.



# CHARLES DICKENS

Primer huérfano, primer héroe, primer muchacho abandonado a su suerte, que será maltratado, engañado, manipulado, por las fieras del mundo... hasta que la piedad de su autor (disfrazado en este caso de un abuelo rico) le rescate de la pesadilla.

Inglaterra, el mundo, lloraron. Y Dickens fue ya, sin interrupción, un novelista de éxito como pocos lo han sido en la Historia. Algún crítico malintencionado diría que volver a elegir un huérfano como protagonista de su novela siguiente fue una lógica consecuencia de lo que hoy llamamos *marketing*. Pero nosotros sabemos que Dickens lo llevaba en el corazón.

## Días de azufre

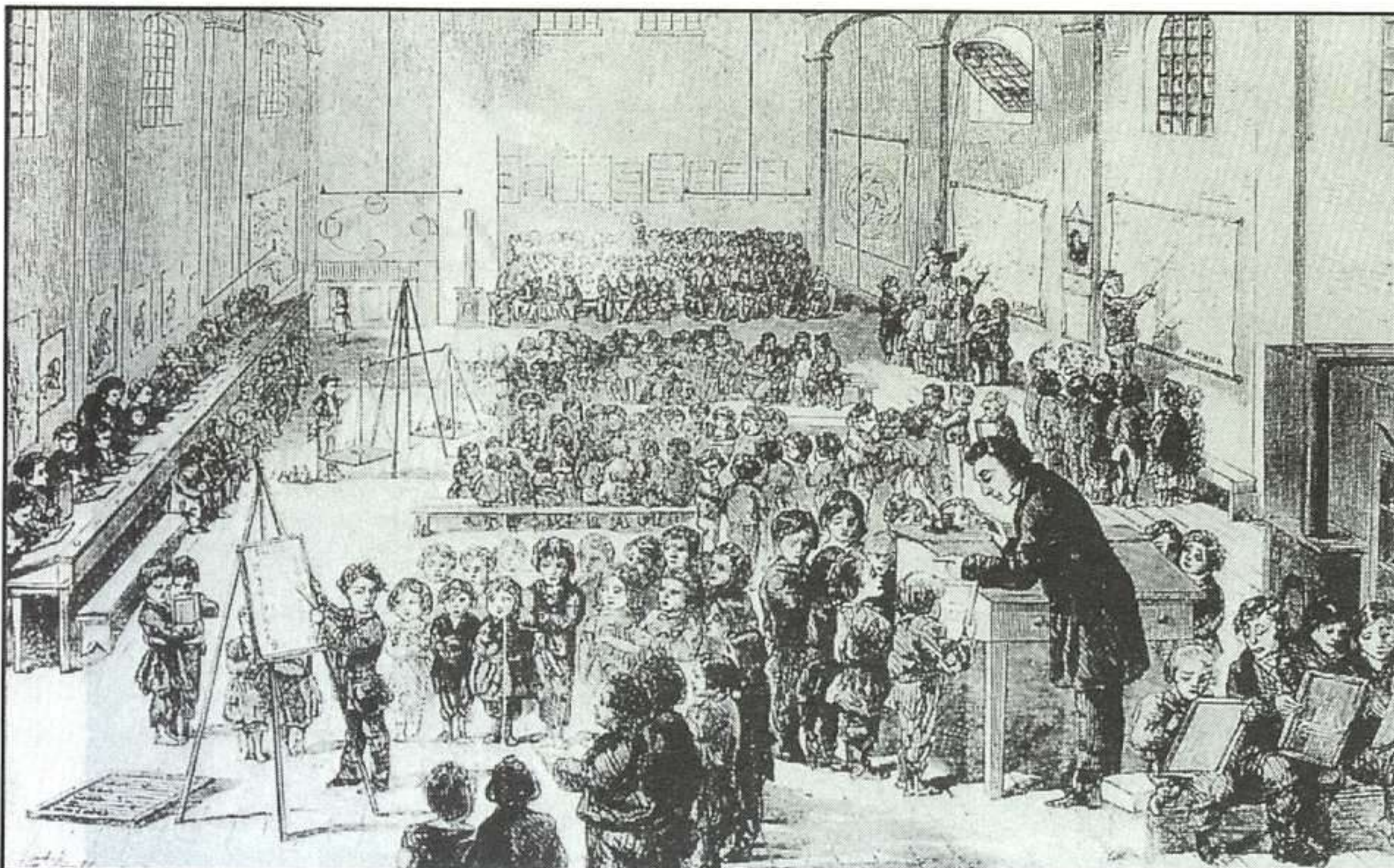
La novela que Dickens publicó a continuación fue *Nicholas Nickleby*



Mary Hogarth.

(*N.N.*), en 1839. Otro huérfano, situado al principio, esta vez, en lugar de en un hospicio, en una escuela, como ayudante del director.

Sigue la línea, comenzada con *Oliver*, de relatar sombrías historias en las que hay un asunto central con el que puede atacar ciertos abusos pú-



Grabado de la época que muestra una de las miserables escuelas de Whitechapel, donde los niños eran azotados, pero no instruidos.

blicos. Pero el testigo de la acusación no es sólo un periodista que denuncia (ese papel ya lo cumplía desde sus numerosos y extensos artículos), sino un novelista, el creador de un mundo imaginario. Ahí, en los claroscuros de su fantasía, radica su genialidad. En esta novela se alternan las tinieblas de Squeers, el regidor del colegio Dotheboys Hall, con los Crummles, compañía de actores que son de lo mejor en la galería de personajes amables de Dickens.

La fama terrible de las escuelas de Yorkshire había llegado a sus oídos ya durante su niñez en Chatham:

«No puedo recordar en este momento [nos dice en su prólogo a una de las ediciones de *N.N.*] cómo llegué a oír hablar de los colegios de Yorkshire cuando aún era un chiquillo, no muy robusto, y me sentaba en los apartados lugares de las cercanías del castillo de Rochester... pero sí sé que fue entonces cuando recogí mis primeras impresiones sobre ellos, y que estaban en cierto modo relacionadas con un niño que había regresado a su casa con un absceso supurado, a consecuencia de que su mentor en Yorkshire se lo había abierto con un cortaplumas manchado de tinta...»

J.B. Priestley, en su ensayo sobre Dickens, amplía este comentario al referirse a *Nicholas*, diciendo:

«Las escuelas reales no eran mejores que Dotheboys Hall. Los colegiales, en su mayoría niños abandonados, estaban mal alimentados, eran maltratados y obligados a vivir en condiciones vergonzosas. Antes de ponerse a escribir *N.N.*, Dickens, acompañado por *Phiz* [su ilustrador], fue a Yorkshire del norte, en un viaje muy incómodo, puesto que era pleno invierno, para informarse debidamente de esos colegios, y aunque no tuvo mucha fortuna, parte del material que empleó en los capítulos de Dotheboys Hall está basado en los datos que pudo recoger directamente.»

Tanto, que los responsables de algún



Bransby Williams fue un gran especialista en interpretar personajes de Dickens.

establecimiento pedagógico de la zona se dieron por aludidos.

El joven Nicholas, de 19 años, y su hermana Kate, quedan huérfanos de padre. El señor Nickleby murió «porque se le partió el corazón», según su viuda, aunque el hermano del muerto no lo puede entender («Partirse el cuello, un brazo, la cabeza... pero, ¡el corazón!, el cuento de siempre cuando uno no puede pagar sus deudas...»). Es recogido por su avariento tío, y éste le coloca inmediatamente como empleado en una de esas escuelas de Yorkshire.

¿Qué encontró el joven huérfano Nickleby en aquella jaula? Pues encontró a otros jóvenes generalmente también huérfanos o abandonados de la necesaria atención de sus padres. En aquel siniestro lugar donde Nicholas cumplía su primer empleo, teóricamente se alojaba y formaba a aquellos desgraciados de una manera muy particular. Veamos el siguiente ejem-

plo. Para muestra, basta el botón del capítulo VII, titulado «Acerca del régimen interno de Dotheboys Hall»:

«—¡Maldito chisme! —dijo la señora [se refiere a la señora Squeers, cónyuge de Wackford Squeers, explotadores ambos de los niños de la citada escuela], abriendo el aparador—. No puedo encontrar por ninguna parte la cuchara del colegio.

—No te preocupes, querida —observó el señor Squeers tranquilamente—. La cosa no tiene importancia.

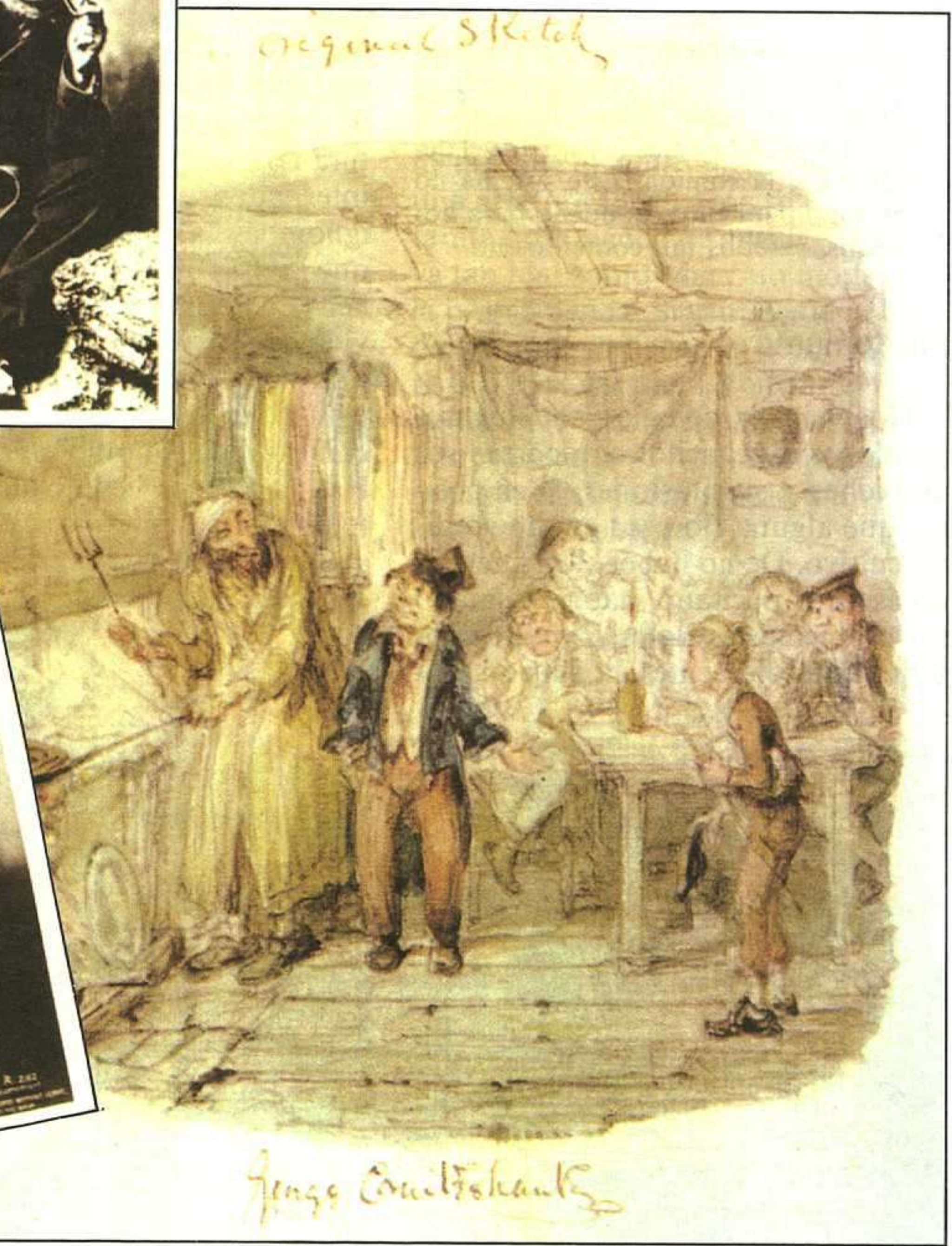
—¿Que no tiene importancia? ¿Cómo puedes decir eso? —replicó su señora vivamente—. ¿No es hoy día de azufre?

—Me había olvidado, querida; es verdad. Es que de cuando en cuando purificamos la sangre de los alumnos, Nickleby.

—¡Purificar! ¡Qué tontería! —dijo la señora—. No creáis, joven, que gastamos flor de azufre y melaza sólo para purificar su sangre; porque si pensáis que hacemos así nuestros negocios, estáis equivocado y, por tanto, prefiero decíroslo francamente.

—¡Querida mía! —dijo Squeers, frunciendo el ceño—. ¡Ejem!

—¡So tonto!... —repuso la señora Squeers—. Si este joven viene aquí a enseñar, preferible es que sepa de una vez que no hacemos locuras con los muchachos. Si les damos azufre y melaza es, en parte, porque si no les dié-



GEORGE CRUIKSHANK, OLIVER TWIST.

ramos alguna medicina, siempre estarían molestándonos con sus enfermedades y, en parte, porque les quita el apetito, y esto es más barato que el desayuno y la comida. Este sistema no es malo para ellos, es bueno para nosotros, y todos tan contentos.»

## Puritanismo

Hospicios y colegios son lugares donde los muchachos comparten sus desdichas y sus ilusiones, si es posible que alguna florezca en tan sórdido cultivo. De no haber sido Dickens un escritor puritano, habría relatado sus problemas sexuales. En todo conjunto de adolescentes, la pulsión erótica

—y la homosexualidad, por supuesto— ha ocupado su exacto lugar de importancia que el cine o la literatura nos ofrecieron en sus historias de internados. Pero la época y el autor ignoraban tales asuntos. Quiero decir que simulaban esa ignorancia. Dickens no lo ignoró, lógicamente, en su vida personal. En eso consiste el puritanismo, que tuvo una de sus más altas expresiones en la era victoriana. Él contrajo matrimonio oficial con Kate Hogarth, pero —como dice claramente Pollux Hernández— se casó con ella y con sus dos hermanas. Y mantuvo casi públicamente una amante —una actriz 27 años más joven que el escritor—.

Pero la literatura era otra cosa, sobre todo pensando que sus libros iban dirigidos fundamentalmente a un público amplio, popular y en su mayor parte joven. Está por hacer la biografía erótica de Charles Dickens, que como ejemplo ilustre del victorianismo, resultaría francamente interesante.

En la siguiente novela que vamos a comentar, *La tienda de antigüedades*, Dickens disfraza el evidente interés ríjido del enano Quilp por la jovencita Nell. Pero no engaña a ningún lector atento. Ni a los expertos como Angus Wilson, excelente novelista y prestigioso dickensiano, que al comentar aspectos como éste de la citada novela,

los relaciona con las morbosas narraciones sureñas americanas de Carson McCullers o Truman Capote, por ejemplo.

## El lirio roto

En 1840, Dickens da a su público uno de sus más lacrimógenos melodramas, *La tienda de antigüedades*, que hizo sufrir a todos sus lectores de ambos mundos (en EE.UU., esperaban las entregas del folletín en el puerto, y fueron tan célebres los llantos de los lectores de ultramar, que provocaron el futuro viaje de Dickens a América, que transcurrió entre continuas muestras de fervor popular).



Posada «The Old Red Lion», donde Dickens estuvo una vez cuando era niño.



PHIZ, DOMBEY E HIJO.

Esta vez, el huérfano es huérfana, vive con su abuelo, y dado que los protagonistas son niña y viejo, los acosos y luego ataques directos, las persecuciones y los sucios deseos que les rodean son especialmente duros.

Dickens cambió el sexo de su huérfano por una razón muy concreta (no se trata, otra vez, de *marketing*, como dirían los mal pensados), y, por supuesto, por un motivo personal muy cercano a su corazón. En 1837, había muerto su cuñada Mary, a la que él amó por encima de las demás. Todas las jóvenes encantadoras marcadas por la desgracia que aparecen en la obra de Dickens a partir de esa fecha serán trasuntos de Mary Hogarth. Su dulce y joven cuñada murió en sus brazos una noche a la vuelta del teatro. Charles tomó de su mano un anillo que ya no se quitará nunca. Y en

el cementerio de Kensal Green se lee lo que Dickens mismo escribió para acompañar a la flor en su último búcaro.

Vale la pena destacar que, igual que la tumba de la verdadera Mary, existe también la de la imaginaria Nell. Transcribimos parte del prólogo de José Méndez Herrera a su traducción de la novela en la que nos encontramos:

«[...] y así como en Elsinor tiene su tumba la locura de Ofelia —hecha verdad por la ilusión del poeta—, así, frente al atrio de la iglesia de la pequeña aldea en cuya posada cambió de caballos una noche la diligencia que transportaba a Dickens de Londres a Chester, se alza una piedra que señala la tumba de la pequeña Nell...»

Tanto habían llorado los lectores (y

el autor, según confesión propia, al tomar la decisión, por primera vez en su obra, de «matar» a una protagonista), que el llanto hizo fructificar a una criatura ideal. Hoy día, la huérfanita de la tienda de antigüedades es ya tan real como Mary, su modelo. Y la propia tienda. Si van ustedes a Londres y quieren hacer un recorrido turístico dickensiano, les enviarán enseguida a la llamada «Old Curiosity Shop», como si realmente hubiese existido el almacén donde malvivían la niña y el abuelo.

### El autor protagonista

Bajo el disimulo del cambio de orden en las iniciales, Charles Dickens se escribe a sí mismo en una de sus siguientes novelas: *David Copperfield*, otro huérfano, y uno de sus mejores personajes para una de sus mejores obras. La fecha, 1850.

Así comienza el libro:

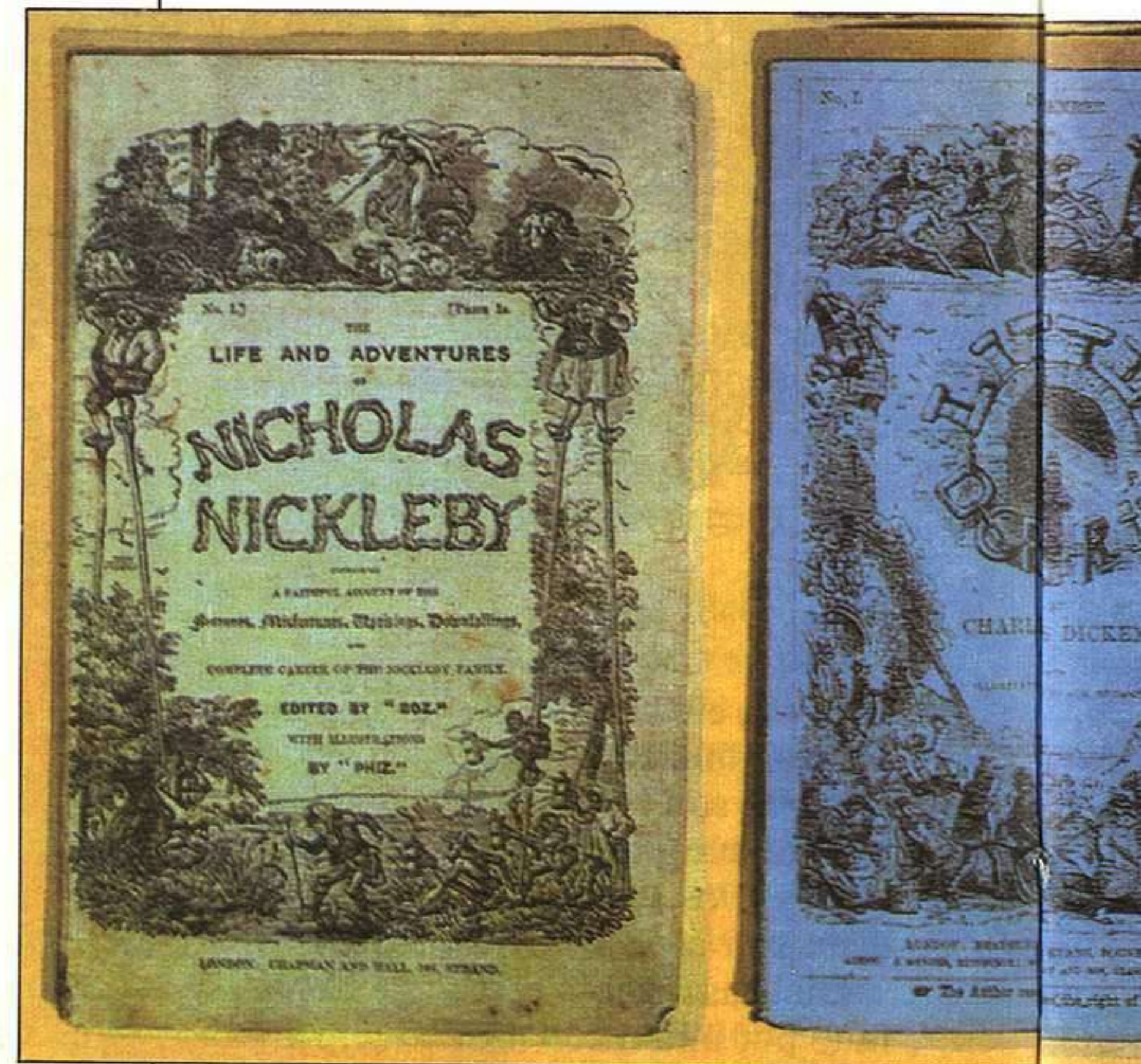
«Si he de resultar yo el protagonista de mi propia historia, o si habrá otro que merezca más ese puesto, es cosa que dirán estas páginas. Para empezar, el relato de mi vida por el principio de la misma, dejó constancia de que nació en viernes, a las doce de la noche, según me contaron y yo lo creo. Un detalle que llamó la atención fue el de que comenzamos simultáneamente, el reloj a dar la hora y yo a llorar.»

Permítaseme ahora citarme a mí mismo en el Apéndice que publiqué en la edición (Tus Libros, Anaya, 1992) de una selección de *Cuentos de lo sobrenatural* de Charles Dickens:

«Alguien ha dicho que era viernes también cuando nació Dickens, y que el viernes será un día de importancia repetitiva en su existencia, y que los viernes son días de brujas, tragos y todas esas cosas... Que naciera también a las doce, antes o después, y que sonase la hora al mismo tiempo o no, son cuestiones de las que puede apropiarse la leyenda y usar a nuestra preferen-

# CHARLES DICKENS

cia aquellos que gustamos de mitificar las vidas de quienes crearon mitos. Cuántas auténticas referencias autobiográficas hay de C.D. en D.C. es algo que puede interesar a un minucioso biógrafo. Nosotros no vamos a detenernos en ello. Creemos, de todas formas, que Charles Dickens sí es el protagonista de su propia historia (y de algunas de las que él escribió, añadimos ahora), entre otras cosas porque todos los protagonistas de sus historias están hechos con trozos de su misma carne. Unos más que otros, desde luego. Los que han estudiado comparativamente su vida y su obra dicen que David Copperfield el que más. Quizá



no fue David el héroe de su propia vida, como se pregunta al principio de la novela, pero sí parece que lo fue de la de Dickens...»

Clara Copperfield fue la madre de David —y aquí el autor idealiza la maternidad, que en su vida real no resultó tan idealizable—, mujer débil que enviudó, y contrajo nuevas nupcias con el señor Murdstone. Éste la hizo tan desgraciada, que precipitó su

*Barrio de St. Mary Overy, donde transcurrió la infancia de Dickens.*



GEORGE CRUIKSHANK, ALMACÉN DE ANTIGÜEDADES

muerte. Y aquí tenemos al pequeño David huérfano, como sus ilustres antecesores. Y con un padrastro, figura emblemática de los dramas y de los cuentos infantiles. Pero *Copperfield* luchará contra la desgracia, y de huérfano maltratado llegará a adulto feliz y escritor célebre. Biografía que, como vemos, tiene bastantes puntos espirituales de contacto con la de su autor.

Dickens ya se identifica aquí todavía más con sus huérfanos. Algunos críticos señalan a esta novela como la mejor de las suyas. Incluso algunos se detienen en esta cima de la primera parte de su producción, relegando al olvido varias de sus verdaderas obras maestras siguientes, precisamente aquellas que menos han sido

traducidas y que peor conocen los lectores no ingleses. Nosotros no quisiéramos caer en el mismo error, y nos despediremos refiriéndonos a dos de ellas, las que tienen como protagonistas, precisamente, también a huérfanos.

### Una casa desolada

Esta novela extraordinaria (empe-

zada a publicar por entregas en 1852 y editada en forma de libro al año siguiente) ha tenido diferentes títulos castellanos, dado el sentido ambiguo del adjetivo *bleak*, que usa Dickens para llamar de una forma metafórica a la mansión Jarndyce. En español se ha traducido por «casa deshabitada», y otros nombres diversos, incluso el de «casa en alquiler», etc. *Desolada* es quizás el término que más conviene a una casa cuyo pasado es triste y cuyo presente es la soledad de un viejo.<sup>2</sup> Desolación que

se mitiga cuando los tres huérfanos (en este caso, el número ha aumentado de golpe, como vemos) llegan para habitarla. Sobre todo, Esther Summerson, una de las protagonistas más atractivas de toda la obra de Charles Dickens. Demasiado buena, demasiado bella, han dicho algunos. Pero sólo siendo así, ideal femenino del autor que nunca olvidó a su joven cuñada muerta, podría haber iluminado esa casa de oscuro pasado. Huérfana, claro, pero hija natural de una aristócrata. Dickens procura reservar a sus criaturas más queridas un feliz secreto. El amor senil del señor Jarndyce por ella revela ya las debilidades de Dickens (a sus 41 años) por las damas mucho más jóvenes.



JOSÉ M. PONCE, OLIVER TWIST, MADRID: ANAYA, 1990.

## Las grandes esperanzas del huérfano

Entre 1860 y 1861, se publica *Grandes esperanzas*, la novela con la que vamos a despedir el recorrido por la orfandad en la literatura de Charles Dickens. Ya dije que seguramente hay otros muchos huérfanos en cuentos, artículos, e incluso novelas de nuestro autor. Pero la selección es inevitable. Que los aficionados rastreen otros huerfanitos y los añadan a esta lista aproximada.

Como David Copperfield, el propio protagonista se presenta a sí mismo en los primeros párrafos del primer capítulo de esta preciosa novela. La segunda de las mejores en la etapa de absoluta madurez de Dickens. La siguiente, en esta estimación calificativa, sería *Nuestro común amigo*, el libro que tengo la dicha de estar leyendo en estos tiempos, y que para algunos es la novela máxima en toda la obra de su autor. Para Italo Calvino, por ejemplo.

Oigamos al huérfano que cierra nuestra serie:

«Mi apellido paterno era Pirrip, y mi nombre de pila Philip; pero mi lengüecilla de trapo infantil no podía lograr de ambas cosas nada más largo ni más explícito que Pip. Por eso me llamé Pip, y Pip me llamaron todos.

Afirmo que mi apellido paterno es Pirrip, basándome en la lápida de la tumba de mi padre y en lo que oí decir a mi hermana, señora de Joe Gargery, porque se casó con el herrero. Como no conocí a mi padre ni a mi madre, ni vi jamás un retrato de ninguno de ellos —ya que vivieron mucho tiempo antes del invento de las fotografías—, mis primeras sensaciones acerca de su fisonomía las obtuve, ilógicamente, de sus piedras sepulcrales. La forma de las letras de las de mi padre me hicieron forjarme una extraña idea de que fue un hombre ancho, grueso, moreno y de pelo rizado. Por el carácter y forma de la inscripción también Georgina, esposa del arriba citado, llegué a la pueril conclusión de que mi madre era una mujer endeble y llena de pecas. A cinco reducidos rombos de piedra, de pie y medio de largo cada uno, dispues-

tos en perfecta fila junto a la tumba y consagrados a la memoria de cinco hermanitos míos que renunciaron prematuramente a ganarse la vida en esta lucha universal, debo la creencia, abrigada con religiosidad, de que todos nacieron ya tumbados y con las manos en los bolsillos del pantalón, sin que jamás las hubieran sacado de esta postura.»

No creo que quepa mejor ejemplo de criatura abandonada en el mundo (un mundo pantanoso y asustador el de este Pip) sin raíces concretas, no recuerdo huérfano más huérfano, que ni siquiera está seguro del nombre de sus padres y tiene que inventarse su apariencia. Pero tampoco recuerdo un muchacho con mayor capacidad de inventarse lo que no tiene. La imaginación de Pip es la que le granjeará las posibilidades de cumplir sus grandes esperanzas. Como a Dickens, su verdadero padre. Que si no fue tan grueso ni moreno como él lo imaginaba, tuvo, sí, un pelo aparentemente rizado. Eso, según las imágenes de las que extraemos su recuerdo físico. Algo con lo que no pudo contar el bueno de Pip. Para eso le dio el padre desconocido esa fantasía, esa bondad y ese empeño de vivir que le condujeron a la fortuna, extraída mágicamente de los mismos pantanos, como recordarán sus lectores. Al final feliz de su historia.

Y nosotros hemos llegado al nuestro. Que debe continuarse con la placentera lectura de las novelas de este escritor formidable. Aunque no haya un solo huérfano en ellas. Cosa difícil. ■

\* Juan Tébar es escritor.

### Notas

1. *Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra* (título original *The cider house rules*), editada en castellano por Tusquets. Excelente, y muy dickensiana, novela.
2. Éste es el título que eligió Fernando Santos Fontenla para su traducción editada por Alfaguara, en 1987. Lástima que no haya otras valiosas ediciones semejantes a ésta de novelas de Dickens, como *Our mutual friend*, por ejemplo, prácticamente inéditas en castellano.



PHIZ, NICHOLAS NICKLEBY.